

El debate del argumento del diseño en nuestra comprensión de la Naturaleza y de Dios

Seminario del Grupo Ciencia, Razón y Fe
Felipe Aizpún. Pamplona, 16 de octubre de 2018

Disponible en <https://youtu.be/c6-8aw0F2aE>

Texto completo de la exposición

El Diseño Inteligente es, en mi opinión, una expresión contemporánea del argumento tradicional en la historia del pensamiento filosófico que nos lleva a inferir la existencia de una causa inteligente en el origen a partir del orden observable en la Naturaleza.

Desde los inicios del pensamiento filosófico se nos han ofrecido dos cosmovisiones contradictorias para explicar las causas últimas de la realidad y el sentido de nuestra existencia. De una parte, la visión materialista nos propone que toda la realidad se reduce a la materia, la energía y las leyes físicas que describen las relaciones posibles entre los entes materiales.

De otra parte, los filósofos teístas consideraron que muchos rasgos presentes en el mundo físico y en concreto el orden que exhibe la Naturaleza y el cosmos, y de forma especial los seres vivos, exigen el concurso de una causa inteligente en el origen trascendente al orden natural. Así pensaban de manera significada Sócrates, su discípulo Platón y la corriente del pensamiento estoico que llega hasta el ámbito de la cultura romana. En Roma destaca en la defensa de esta tesis la figura de Cicerón que le dedicó un interesantísimo libro titulado “De la Naturaleza de los dioses”.

Posteriormente encontraremos el argumento por el orden desarrollado de manera rigurosa y con un sentido eminentemente filosófico en la obra de Santo Tomás; por supuesto, en la Quinta de sus Vías para la demostración de la existencia de Dios, su exposición del argumento teleológico o por la finalidad, pero también se ocupó de ello en muchas otras partes de su obra. Siglos más tarde, la tradición de la teología natural anglosajona nos ofrecerá el argumento por el orden en su vertiente más científica de la mano de autores como John Ray, Thomas Reid, y, de manera sobresaliente, William Paley.

Vemos así cómo los autores de las tradiciones continental y anglosajona presentan exposiciones del argumento que difieren en determinados matices, aunque ambos se apoyan en las formas de manifestarse el orden en la Naturaleza.

Dice Santo Tomás en el comienzo de su comentario a la Ética a Nicómaco de Aristóteles que el orden es el asunto del sabio, y que corresponde a la razón con propiedad conocer el orden. Hay dos formas de orden, nos dice, en las cosas: el orden en el que se hallan las partes de un todo entre sí, y otro y el más principal, el orden de las cosas respecto de un fin. Pues bien; resulta evidente que ambas formas de orden están presentes en la Naturaleza de manera especial en los vivientes, tanto por lo que se refiere a la complejidad funcional de su construcción y al carácter finalista de sus procesos y sistemas” como a la orientación de su conducta hacia lo que ya Aristóteles señalaba como su finalidad intrínseca o inmanente: la búsqueda de la supervivencia y la reproducción como imitación al Ser Supremo que es acto puro y participación de lo

divino. Esta finalidad constituye en definitiva la búsqueda de su propio BIEN, los vivientes tienen un BIEN que les corresponde por naturaleza, un concepto este de BIEN indisociable de cualquier planteamiento teleológico serio. Así quedó ya perfectamente establecido cuando en sus conversaciones recogidas por Jenofonte en el diálogo Memorabilia Sócrates nos exponía las excelencias del diseño funcional de la anatomía de los humanos, y en consideración de la manera intencional en que servían a la conservación y operaciones propias de nuestra naturaleza, entendía que eran la huella de una acción providente, resaltando así no solo el carácter inteligente de su causación creativa sino el espíritu benevolente del “creador.”

Ambas formas de orden suponen las dos caras de una misma moneda ya que no puede darse uno sin el otro. La complejidad específica o funcional lo es solo en cuanto que detectamos en ella una disposición de medios a fines al servicio de la finalidad propia del organismo. Y esta conducta finalista, en un entorno que requiere una capacidad adaptativa imprescindible para poder actuar y operar en el mismo, no podría llevarse a cabo sin un entramado de partes y sistemas operativos apropiados.

El argumento de diseño o por el orden, se explica preferentemente de acuerdo con la lógica formal del razonamiento abductivo o hipotético tal como lo formulara Charles Sanders Peirce, es decir se trata de la inferencia de una causa a partir de un efecto observable. Se trata por tanto de un ejercicio de “iluminación”, de “adivinación”, “guessing” en el inglés original y en palabras del propio Peirce, y que algunos han bautizado como un “instinto racional”. Pierce nos decía que no era tanto un hábito del conocimiento como una “emoción del pensamiento”. En definitiva, una identificación intuitiva, no mediada, que nos lleva a asociar de manera automática el orden reconocible en la Naturaleza como efecto de una causa inteligente.

El argumento por el orden se ha desarrollado, como he dicho, de forma paralela, aunque no exacta, en dos de las tradiciones filosóficas principales. En la tradición continental o escolástica, de la mano de Santo Tomás como un argumento principalmente, aunque no solo, de corte teleológico o por la finalidad, y en la tradición anglosajona, que en la época moderna desarrolló un argumento apoyado principalmente en el conocimiento científico más avanzado de su tiempo a partir, principalmente, pero no solo, del carácter funcional u operativo de la complejidad constructiva de los vivientes.

Creo importante señalar que los autores de ambas tradiciones reconocen explícitamente ambas formas de orden en los vivientes, como base para una inferencia a la existencia de una causa inteligente en el origen.

La era moderna nos trae un cambio notable de perspectiva con el resurgir de la ideología materialista. El impulso de la investigación científica y de la ciencia como disciplina autónoma trajo consigo, como sabemos, el apartamiento de las perspectivas de causalidad formales y finales en la filosofía de la Naturaleza y se convirtió en un ejercicio de búsqueda de los mecanismos de la Naturaleza para conocer y aprovechar mejor sus posibilidades al servicio de nuestro bienestar. Poco a poco este apartamiento devino un auténtico rechazo, una negación de las mismas, y acabó suponiendo la reivindicación de perspectivas exclusivamente mecanicistas y reduccionistas para interpretar y para explicar toda la realidad.

Peor aún, la reivindicación del naturalismo metodológico se pervirtió en la imposición de un naturalismo ontológico y el cientificismo como única perspectiva

epistemológica aceptable terminó de cerrar el círculo que consagraba al materialismo como nueva ideología dominante.

Pues bien, es en este ambiente intelectual en pleno siglo XIX cuando surge la obra de Charles Darwin “El Origen de las Especies”. El movimiento materialista necesitaba, para poder ser reivindicado, dar una solución estrictamente naturalista al enigma fundamental de la emergencia de la vida y del desarrollo de las formas vivas y eso es exactamente lo que aporta la obra de Darwin. Es importante señalar que “El Origen” no puede ser considerado en puridad como una teoría científica, es decir un modelo que presente una descripción de mecanismos y procesos (por sus causas eficientes y materiales) capaz de ser verificada (o falsada) experimentalmente. Recordemos que Darwin no sabía nada de genética, es decir de los mecanismos transmisores de la herencia, ni de biología molecular. “El Origen” es fundamentalmente un desafío metafísico de raíces inequívocamente nominalistas, es la invocación del poder creativo en la Naturaleza del azar y de la necesidad como explicación última de causación de toda la realidad que conocemos y el rechazo de cualquier explicación trascendente a la misma: “No hay más designio en un ser vivo, (escribía Darwin en una carta a Asa Grey), que en el viento que sopla” o aquello de que “Si hiciera falta en algún paso del proceso una intervención trascendente al orden natural, mi teoría fallaría por completo”.

En realidad, no había una sola idea original en el libro de Darwin, ni la generación fortuita de rasgos anatómicos, ni el evolucionismo como transformación adaptativa, ni la lucha por la supervivencia, ni el triunfo del más apto y la selección natural como causa última del proceso... todo ello está presente en la obra de sus predecesores, los autores de la antigüedad, los evolucionistas del siglo XVIII, Maupertuis, Lamarck, Erasmus Darwin, las teorías de Malthus y de Spencer... Lo que hace Darwin es formular esta amalgama de ideas de manera integradora y brillante, con una retórica cautivadora y salpicándolas de un reguero de observaciones meticulosas como excelente naturalista que era. El resultado obtuvo una aceptación enorme en un ambiente intelectual ya maduro, preparado para la reivindicación transgresora del materialismo frente a las posiciones creacionistas tradicionales, e imbuido además del sentido supremacista propio de la era victoriana en Inglaterra.

Pero ¿cómo afecta la propuesta darwinista al argumento por el orden? Básicamente no es una propuesta que refute lo esencial del argumento. Recordemos cómo Richard Dawkins por ejemplo se ha referido a la biología como la ciencia que se ocupa de cosas que “parecen haber sido diseñadas para un propósito”, o como otro autor evolucionista Robert Trivers, ha señalado que los seres vivos “parecen” conducirse como si tuvieran finalidad o propósito... La legitimidad de la inferencia intuitiva de una causa inteligente ante la presencia de orden no se cuestiona. Lo que se propone es que dicha inferencia quedaría invalidada ante la evidencia empíricamente constatable de que el orden podría surgir de manera fortuita por procesos estrictamente naturales que no obedecen a finalidad o propósito alguno.

Es a lo largo del siglo XX cuando el darwinismo se convierte en una aclamada teoría verdaderamente científica a raíz de la recuperación de los trabajos de Mendel y el desarrollo de la genética y la investigación en el campo de la biología molecular. Todos los avances se van encajando como si de un puzle se tratara en el marco teórico explicativo imaginado por Darwin. Nace la Teoría Sintética (TS) o neo-darwinismo que se apoya en una simplista “genética de poblaciones” y en los descubrimientos de la paleontología para construir un imaginario sustentado principalmente sobre la idea

gen-centrista de que el genoma, es decir, el conjunto de información hereditaria contenida en las moléculas del ADN constituirían el secreto de la vida y de la morfogénesis, la prescripción de la forma biológica y por lo tanto el material sobre cuya transformación accidental descansaría todo un eventual proceso evolutivo de las especies.

Pues bien, es en este ambiente intelectualmente opresivo y asfixiante, de dominio impositivo del paradigma darwinista cuando surge lo que hoy se conoce como movimiento del Diseño Inteligente. Nace a partir de algunas obras fundacionales en los años 80 como son “El misterio del origen de la Vida” de Thaxton, Olsen y Bradley, “Evolución: una teoría en crisis” de Michel Denton, y “Proceso a Darwin”, de quien fuera a la postre el padre espiritual del movimiento Philip Johnson. Luego vendrían un montón de autores y de trabajos entre los que más conocidos son sin duda Michael Behe y William Dembski.

El movimiento del DI se plantea sus aportaciones en tres ámbitos diferentes y complementarios. El primero, argumentar en términos estrictamente científicos la inconsistencia de las teorías evolucionistas naturalistas. El segundo, es la detección y descripción del orden y la finalidad observables en la Naturaleza y en las actividades y procesos de la vida, y de su condición irreducible a episodios estrictamente materiales y eficientes en términos de causalidad constitutiva.

Por último, el DI pretende aportar argumentos de naturaleza, aquí sí, más filosófica que científica, que defiendan la necesidad de recurrir a una inteligencia creadora como causa última de la existencia de esa teleología irreducible y por lo tanto y en última instancia de la propia existencia de esos entes cuya actividad finalista identificamos como intrínseca o inmanente.

Respecto de la primera de estas tareas vale la pena recordar que, finalmente, y más allá de la tarea de los autores afiliados al movimiento del DI, la corriente mayoritaria entre los autores naturalistas, ha terminado por aceptar la insuficiencia explicativa del paradigma neo-darwinista. Al margen de críticas aisladas que siempre han existido, fue quizás la primera manifestación colectiva y oficial de la discrepancia con el modelo, la reunión mantenida en Altenberg en 2008 por 16 reputados científicos que dio lugar a la tendencia conocida como Evolutionary Extended Synthesis, encabezada por respetados intelectuales como Massimo Pigliucci y Gerd Müller y que inicialmente proclamaba la necesidad de extender o incluir en el modelo elementos que este había tradicionalmente obviado, y que los hallazgos permanentes de la investigación inagotable mostraban como imprescindibles. Poco a poco se ha ido consolidando otro movimiento más crítico con el modelo, que se identifica como “The Third Way of Evolution”, una pretendida tercera vía entre el darwinismo y el creacionismo, apadrinada por dos pesos pesados de la comunidad científica, el británico Denis Noble de la Universidad de Oxford Presidente de la Unión Internacional de Fisiología (2009-2017) y el investigador de la Universidad de Chicago James Shapiro.

Esta tercera vía ha hecho fortuna entre la comunidad científica internacional y ha agrupado a personalidades del más alto prestigio procedentes de diversos campos, como el propio Gerd Müller (Dpto. de Biología teórica Universidad Viena), Eva Jablonka, Stephen Talbott, Eugene Koonin, Stuart Newmann, Mae We Ho, nuestro Máximo Sandín... El mensaje de este movimiento, que pueden ustedes seguir en internet y sobre todo en los trabajos de sus líderes Noble y Shapiro es que el paradigma neo-darwinista adolece de defectos críticos que invalidan su propuesta y

requieren una sustitución: ni el dogma central del neo-darwinismo se sostiene (es decir, que la información fluye únicamente en un sentido, del genotipo al fenotipo) ni las variaciones adaptativas son normalmente fortuitas, ni la selección natural tiene la capacidad explicativa que se le atribuye, ni un eventual proceso evolutivo habría podido ser estrictamente gradualista, ni se puede ignorar la existencia real de una teleología y una dinámica finalista no reducible en los procesos de la vida...

Por exigencias del formato de esta presentación me limitaré a extenderme brevemente en un punto de la crítica que para mí es fundamental, que han denunciado por supuesto los autores del DI pero que adquiere mucha más fuerza de convicción cuando lo invoca un autor tan comprometido con la posición naturalista como es el propio Denis Noble. Se trata del problema del gen-centrismo. En efecto, el paradigma darwinista descansa sobre un pilar esencial, la idea de que el genoma prescribe la forma biológica como un programa y determina el proceso de desarrollo embrionario hasta su completitud. De esta forma y solo de esta forma se sostiene el modelo que pretende que el proceso evolutivo y la emergencia de estructuras biológicas complejas y de formas novedosas se pueda explicar por las modificaciones accidentales en la composición de las secuencias del genoma ocurridas durante los procesos de reproducción. Pues bien, como nos dice Noble en su reciente y estupendo libro "Dance to the Tune of Life" de 2017 hoy percibimos el genoma como un mero repositorio pasivo de información que nada prescribe ni determina, sino que ofrece a la célula posibilidades de expresión y de generación de elementos moleculares que son producidos y utilizados en los procesos de la vida según una dinámica agente totalmente finalista no reducible a causas materiales y eficientes. El genoma no es sino otro órgano de la célula, no contiene el plano del organismo. El misterio de la morfogénesis no radica en el genoma, éste solamente contiene posibilidades de expresión que la célula utiliza a conveniencia incluso mediante elecciones de edición alternativa de secuencias del genoma, o mediante regulación epigenética, según las necesidades y las condiciones del entorno en un momento dado.

Es importante comprender que la acumulación de anomalías al paradigma hasta ahora dominante no constituye por sí mismo una alternativa válida; simplemente minan los pilares del modelo naturalista reinante y aportan elementos que apuntan inevitablemente hacia soluciones que despiden un aroma teleológico innegable.

Quiero apuntar en todo caso la denuncia de un problema que los autores naturalistas, incluso los más críticos con el paradigma, mantienen dentro del núcleo duro de sus reivindicaciones; se trata de la extrapolación de la microevolución a la macroevolución, es decir, la idea de que los cambios de naturaleza adaptativa y generadores de diversidad que apreciamos constantemente en la naturaleza, se asumen como pasos de un hipotético proceso de generación de formas novedosas, de estructuras complejas funcionales inexistentes previamente. Como denuncia Dembski en su libro NO Free Lunch esta extrapolación arbitraria esconde la incapacidad de cualquier propuesta de evolución naturalista para explicar los grandes desafíos: el origen de la vida, la aparición de las células complejas, de los organismos multicelulares, de la reproducción sexual, de las plantas con flor (angiospermas), de los sistemas de órganos complejos, de los códigos orgánicos o de las maquinarias moleculares irreduciblemente complejas, en definitiva, de los planes corporales que surgen de forma súbita en la explosión del Cámbrico...

El segundo ámbito de aportaciones del movimiento del Diseño Inteligente lo constituyen las reivindicaciones de la existencia de orden, es decir, diseño y finalidad,

como rasgos objetivos verificables empíricamente en la Naturaleza, especialmente en los vivientes. Una teleología, preciso es insistir en ello, no reducible a efectos explicables únicamente por causas no finalistas.; y con la característica añadida de fundamentarse en los conocimientos profundos de la biología molecular como dato relevante de su propuesta. De nuevo nos encontramos aquí con al apoyo adicional a los autores del movimiento, del reconocimiento expreso (por inocultable) de este tipo de rasgos, por parte de autores afines al naturalismo metodológico y ontológico como es el caso de James Shapiro, de Denis Noble, de Thomas Nagel o Stephen Talbott entre otros. Especial mención hay que hacer de Shapiro y su libro “Evolution: A view from the 21st century” donde desarrolla su propuesta sobre la ingeniería genética natural, es decir que los cambios genéticos experimentados por los seres vivos en procesos de respuesta y adaptación a las amenazas del entorno no son en general accidentales o fortuitos sino actos agentes o propios, de modificaciones finalistas de sus recursos informacionales.

Las manifestaciones de orden en los seres vivos son infinitas, si se me permite la expresión. De entre todas ellas creo que el concepto de agencia es el concepto estrella de cualquier estudio serio sobre la vida, es decir la conducta finalista hacia la supervivencia y la reproducción. Aquí juega un papel fundamental la idea de información tan en boga en nuestro tiempo y de reminiscencias metafísicas ineludibles. Información genética contenida en las secuencias del genoma, pero también información analógica en palabras de Denis Noble como fuente inasible de causación y que Jonathan Wells, un notable representante del movimiento del Diseño Inteligente, ha concretado por ejemplo en las propiedades prescriptivas que encontramos en la composición y disposición molecular de las membranas celulares. Todo el problema de la información, señalización y respuesta en los procesos de la vida ha dado lugar a la emergencia de disciplinas como la biocibernética donde destacan los trabajos de autores como David Abel o Donald Johnson, o la biosemiótica de la escuela escandinava principalmente, pero con mención especial para el profesor italiano Marcelo Barbieri y sus trabajos sobre los códigos orgánicos. Los códigos orgánicos son por tanto el mecanismo de regulación formal de los procesos de la vida y más allá del tan renombrado código genético que garantiza la síntesis proteica se han descrito más de 20 formas diferentes de regulación formal, es decir de conexiones reguladoras de los procesos de la vida que se fundamentan en mecanismos de interpretación y respuesta de señales de muy distinta naturaleza. Barbieri ha señalado una cuestión de gran importancia a este respecto y es que los distintos niveles de complejidad en los vivientes van siempre asociados a nuevos “códigos orgánicos” es decir mecanismos reguladores novedosos. Por ejemplo, el imprescindible código del splicing o edición alternativa de las secuencias genéticas para producir en cada caso los recursos precisos para la adecuada actividad celular surge de manera inexplicada en las células complejas o eucariotas, los procariontes carecen por completo de este mecanismo.

Stephen Talbott por su parte nos habla de una teleología inescapable que se manifiesta en una fascinante coreografía molecular que sostiene la actividad vital del organismo de manera plenamente finalista. En este sentido, hay que destacar también el reciente libro del profesor de New York State University, Scott Turner “Purpose and Desire”, título revelador donde nos habla, sobre la homeostasis y la incapacidad del viejo paradigma darwinista para justificar este equilibrio vital resultado de una actividad claramente finalista; no como efecto fortuito de leyes o tendencias físico-mecánicas, sino como una actividad claramente determinada a una finalidad, es decir,

al mantenimiento en equilibrio de determinados valores o constantes que garantizan el bienestar y la supervivencia del organismo.

De enorme importancia son también los trabajos de James Shapiro sobre la ingeniería genética natural que engarzan con los trabajos de los años 80 de John Cairns sobre el carácter dirigido de las mutaciones provechosas para los organismos y que enlazan también con la corriente moderna de reivindicación de una cierta forma de neo-lamarckismo merced a los avances de la epigenética, es decir la capacidad de modificación genética como información recibida por el genoma desde el exterior, como estrategia adaptativa. Mención especial merecen los virus como integradores de los genomas de los organismos más complejos y que podrían perfectamente ser considerados como auténticos mensajeros de información, lo que tiene unas connotaciones finalistas en la historia de la vida tremendas.

Parece evidente que las modificaciones provechosas o favorables serían más bien el resultado de mecanismos orientados a una finalidad; si acaso con la excepción de los casos de alteración por pérdida de información genética que trae como resultado secundario una adaptación favorable, una idea desarrollada especialmente por el profesor s, y sobre la que construye su nuevo libro de próxima aparición “Darwin Devolves”. Por el contrario, los accidentes solo reportan en general consecuencias indeseables y es por eso que los organismos vivientes se encuentran dotados de sofisticados mecanismos de corrección de errores en los procesos de replicación de las secuencias genéticas; otro ejemplo maravilloso de diseño. Como ha puesto de manifiesto algún autor, resulta ridículo defender que dichos mecanismos sofisticados, que actúan para reparar los errores fortuitos producidos por azar en los procesos de reproducción, hayan ellos mismos surgido por puro azar.

Por supuesto también los seres vivos presentan innumerables sistemas y mecanismos complejos que denotan en sí mismos una forma de orden de partes orientadas a una finalidad funcional, como es por supuesto el flagelo bacteriano de Behe pero no solo el flagelo en sí con su mecanismo fascinante, lo que es más llamativo es el proceso absolutamente finalista de construcción de un nuevo flagelo por parte de la célula en el proceso de reproducción y en el que intervienen más de 100 proteínas o máquinas proteicas. Junto a los sistemas que denotan un diseño intrínseco o inmanente como disposición finalista con relación al todo resaltaremos también el innumerable entramado de procesos es decir de actividad celular orientada a preservar la integridad del organismo como un todo, por ejemplo, los procesos de reparación o reconstrucción como la cascada de coagulación de la sangre.

Pero por supuesto y por encima de todos los procesos el más emblemático que denota la existencia del imperio de los formalismos sobre la fisicalidad es el proceso de desarrollo embrionario o morfogénesis. Se trata de un ejemplo fascinante de causación descendiente o top-down en el que cada uno de los eventos de reproducción y diferenciación celular está perfectamente orientado hacia la formación de un organismo específico, es decir, cada uno de los eventos que tiene lugar a un nivel inferior de organización jerárquica está absolutamente orientado a la formación del todo, siendo este todo en cuanto “forma sustancial” si se me permite la expresión el concepto ideal rector de todo el proceso.

Mencionaré por último los avances en el descubrimiento continuo de funciones desconocidas o novedosas para todas las secuencias genéticas no codificadoras de proteínas y que durante décadas se nos había impuesto que se trataba de ADN basura, residuos de la historia evolutiva de nuestra especie. Como resultado de trabajos como

el proyecto ENCODE se ha verificado que cumplen importantes funciones para el organismo, lo que ha desencadenado una verdadera carrera entre los investigadores para ir descubriendo más y más funciones del genoma no codificante de proteínas que nos trae a diario en las revistas especializadas nuevos resultados.

Y lo dejaremos aquí sin ánimo de ser exhaustivos para pasar a comentar el tercero de los ámbitos de la actividad (esta sí, específica) de los autores del movimiento que es la argumentación esencialmente filosófica, es decir la inferencia de una causa inteligente en el origen para comprender la existencia de todas estas manifestaciones de orden en la vida. Ya hemos dicho que los autores del DI presentan un argumento a partir del orden observable como inferencia abductiva, es decir, la inferencia de una causa a partir de sus efectos, si bien unos y otros lo hacen con algunos matices en su exposición. Michael Behe por ejemplo ha mantenido repetidas veces que su argumento emerge de la observación a nivel de la biología molecular de lo que él describe, como “purposeful arrangement of parts” es decir la disposición de las partes orientada a una función o finalidad en relación al todo.

Por su parte William Dembski el principal teórico quizás del movimiento, argumenta de manera directa también que la existencia de determinadas formas de orden presentes en objetos, estructuras o eventos naturales deben interpretarse como la huella de una inteligencia agente. En su discurso, la huella de orden debe reunir tres caracteres, la contingencia, la complejidad y la especificación o sintonía con algún tipo de patrón significativo, y sobre esta reflexión construye su modelo del filtro explicativo, que le permite discernir formas de causación e introducir legítimamente en el ámbito del discurso racional la agencia inteligente como causa que compite en términos de solución explicativa con el azar y la necesidad. Si bien hay que decir que las elaboraciones en clave matemática de Dembski para justificar la existencia de complejidad especificada como una noción estadística pueden resultar controvertidas, la idea fundamental en Dembski es que podemos detectar a través de estas características, la idea de propósito o intención subyacentes, emanados de una inteligencia actuante en alguna forma, recuperando así la finalidad como elemento explicativo de la realidad que había desaparecido de la indagación científica a partir de los desarrollos teóricos de Bacon o Descartes. En la obra de Dembski es quizás donde de manera más evidente se comprende el doble sentido que la palabra “design” tiene para los autores del movimiento y que desgraciadamente se pierde en la pobre traducción al español del término “diseño inteligente”. Y es que “design” en inglés, significa tanto diseño, como principalmente designio, es decir, intención, propósito, finalidad.

Otro autor que ha dedicado especial atención a argumentar la necesidad de una causa inteligente en el origen es Stephen Meyer, autor de libros muy notables como “Signature in the cell” o “Darwin’s doubt”. Meyer se apoya especialmente en la existencia o identificación de determinados rasgos de los procesos de la vida como recursos informacionales y códigos orgánicos. Allí donde podemos apreciar una información con valor semántico, es decir, no simplemente una complejidad de datos acumulados sino una secuencia con valor informativo, capaz de identificar, a través de los mecanismos de reconocimiento y traducción que operan en la célula, un objetivo concreto al que no se encuentra ligado de manera necesaria sino arbitraria, nos dice Meyer, debemos interpretar que haya intervenido una mente ideadora. Meyer se apoya en dos consideraciones. Una, que sabemos por experiencia que la inteligencia racional es la fuente habitual que genera orden, y otra, que sabemos igualmente que los procesos y leyes naturales carecen por completo de orientación

finalista, de intención o propósito alguno y de capacidad para generar de manera fortuita estructuras funcionales complejas. Meyer se apoya explícitamente en Peirce y su método y asume que impera el principio de adecuación causal al sostener que solo la inteligencia puede ser *vera causa* de la emergencia de información necesaria para la vida

Otro autor destacado es Douglas Axe, microbiólogo de profesión que ha trabajado ampliamente en el campo de la formación y plegado de proteínas y la exploración del universo de secuencias de aminoácidos funcionales. Publicaba Axe en 2017 su libro “Undeniable: How Biology Confirms Our Intuition That Life Is Designed”. Axe expone en su libro, al margen de cualquier sofisticación técnica o científica, que el orden observable en los vivientes despierta de manera intuitiva la sospecha de una causa inteligente en el origen, a la que denomina “Intuición Universal de Diseño”. Utiliza para ello la expresión de la “ciencia común” o “common science” como una inferencia legítima al alcance de cualquier persona, incluso de un niño nos dice Axe. Reivindica así Axe, como otros hicieron en la filosofía hace tiempo, la ciencia del sentido común, como camino fiable para alcanzar convicciones legítimas en torno a la realidad y sus causas últimas.

Como conclusión es importante aclarar un concepto. El Diseño Inteligente no es una teoría que compite con el darwinismo por dar una explicación científica al origen de las especies. No es una ciencia histórica como lo es la paleontología o la biología evolutiva, y por lo tanto no busca esclarecer el origen de las especies o los mecanismos que permitieron la emergencia de las formas biológicas en el tiempo. No se ocupa de los mecanismos sino de las causas. La inferencia de diseño surge de la observación de lo que los vivientes son hoy y ahora, de cómo están conformados, de cómo son los procesos y sistemas de la vida tal como los conocemos en la actualidad. El Diseño Inteligente no se ocupa de la historia de los cambios en los vivientes sino de la evidencia científica del orden observable en los vivientes hoy. No es ni será nunca un paradigma alternativo al evolucionismo naturalista. Este se ocupa de los mecanismos de cambio observables y del alcance y consecuencias de los mismos. Pero las limitaciones evidentes de dicho alcance y la evidencia del orden nos llevan a pensar que la emergencia de las formas biológicas y por supuesto especialmente la emergencia de la vida en un mundo inanimado tiene mucho más que ver con el concepto de CREATIO que con el concepto de MUTATIO, y por lo tanto no hay que descartar que estas incógnitas sobre las que tan afanosamente discutimos, queden en realidad fuera del alcance de la ciencia. Eso no quiere decir que la perspectiva del diseño inteligente sea ajena al quehacer científico ni mucho menos, muy al contrario, supone una referencia de inspiración para la investigación frente a la implicación oscurantista del negacionismo de la finalidad típico de todo paradigma materialista. Pensemos por ejemplo en la consecuencia de la consideración tradicional de las secuencias no codificadoras de proteínas del genoma como ADN basura, frente a la tan exitosa carrera abierta en la actualidad, como hemos mencionado anteriormente, para la búsqueda de significado funcional de las mismas.

Y si me permiten, quisiera terminar con una anécdota. El escritor Ernst Junger fue una de las personalidades destacadas de las letras alemanas en el pasado siglo. Junger contaba que perdió la fe en su juventud en las primeras décadas del siglo veinte, y la perdió por el darwinismo, es decir por el discurso científico que reivindicaba la capacidad de la ciencia para explicar en términos estrictamente naturales todos los eventos de la historia de nuestro planeta haciendo totalmente superfluo el recurso a un ser trascendente. Tras décadas de peregrinaje intelectual y

espiritual Junger al final de su vida acabó volviendo a la Iglesia Católica en cuyo seno murió a la edad de 103 años. Junger dejó escrito: Mi interés teológico pasa por el conocimiento. Debo probar la existencia de Dios para poder creer en Él. Para volver a Él he de recorrer vuelta atrás el mismo camino por el que lo perdí. “Tenía que estar convencido (decía Junger) para poder creer”. Este es sin duda el drama del hombre moderno.

Felipe Aizpún Viñes